

Perspectivas historiográficas

JESUITAS Y EDUCACIÓN: ORIGEN Y CLAVES DE SU ÉXITO (SIGLO XVI)

Esther Jiménez Pablo

ESCRIBIR sobre la Compañía de Jesús es abordar un proyecto religioso con una finalidad educativa muy marcada. Todavía hoy ser jesuita es sinónimo de buen educador, y la pedagogía jesuita es la seña de identidad de la Orden.¹ Este predominio en la educación a lo largo de los siglos, sumado a su presencia en la política y su influencia social, les ha valido para estar en el punto de mira de sus enemigos, quienes a lo largo de la Historia arremetían contra ellos con duras críticas y persecuciones, cuando no, con expulsiones y desamortizaciones.²

Hay que reconocer que una de las claves del sistema educativo de la Compañía de Jesús ha sido su capacidad, desde el siglo XVI, para amoldarse a los nuevos tiempos, a los distintos reinos y monarquías, así como a las personas de toda condición y sexo (jesuitas, laicos, reyes, infantes, jóvenes, niños, incluso niñas como fue el caso de México en el siglo XVIII). Una educación capaz de adaptarse a nuevas necesidades y a distintos espacios que garantizó su eficacia, pero también despertó un fuerte recelo por parte de otras órdenes religiosas volcadas igualmente en la enseñanza.

Sin embargo, no todo son luces, también hay sombras, cuando se analiza –quizá injustamente– desde una óptica actual y se acusa a la educación jesuita, entre otras cosas, de ser competitiva y elitista, de recurrir al premio y al castigo en el aula, o de ensalzar y apoyarse casi exclusivamente en los mejores estudiantes.

¹ Manuel Revuelta González, *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa (1868-1906)*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1998.

² Alfonso Calderón Argelich, “La polémica sobre la expulsión de los jesuitas por Carlos III en la España liberal (1856-1868): entre la indagación histórica y el combate político”, *Historia Social*, 95 (2019), pp. 3-20.

1. LOS INICIOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS: ¿EXISTIÓ UN PROYECTO EDUCATIVO DESDE EL PRINCIPIO?

Numerosos estudios jesuitas defienden que en la educación de la Compañía se pueden percibir las inquietudes y la mano de su fundador. A día de hoy, Ignacio de Loyola parece ser el artífice no solo de idear una nueva Orden religiosa, sino de pensar todo un sistema educativo denominado comúnmente como “pedagogía ignaciana”, como si el fundador hubiera modelado y puesto su conocimiento y práctica al servicio de la educación jesuita. Sin embargo, hay que pensar que Ignacio estudió de mayor, tras su reconversión y peregrinajes, y comenzó en Alcalá de Henares los estudios superiores, pero curiosamente le costaba amoldarse a los horarios y las normas, y por esta actitud, y por su divagar por las calles evangelizando sin recursos económicos ni teológicos, tuvo que abandonar Alcalá. Despues pasó por Salamanca, donde la Inquisición y los dominicos se encargaron de encerrarle un tiempo, y cuando salió de prisión tuvo que huir a París ante las sospechas de alumbradismo en las ciudades castellanas,³ debido en buena parte a su falta de profundidad en los estudios. Con 37 años, se presentaba en la Universidad de París, donde se seguía una estructura de red de colegios, para centrarse en los estudios. Allí tardaría un año más en entrar en el colegio de Montaigu de París por no hablar francés. Con todo, en París seguía costándole adecuarse a la rigidez de las normas de estudio de los colegios. Es indudable, por tanto, que Ignacio era un hombre de acción, que tenía carisma, y que se seguía sintiendo cómodo predicando por las calles y en círculos más privados. De los siete años que pasó Ignacio en París señalaba su compañero Nadal que estudió teología y filosofía “con suma afición, con extraordinario fruto y con tanto progreso cuanto creyó que era bastante para realizar dignamente sus planes de ayudar a las almas”,⁴ es decir, que estudió lo suficiente como para llevar a cabo su proyecto religioso.

Es preciso subrayar que Ignacio de Loyola jamás ejerció como maestro ni dejó escrito documento alguno en referencia a la educación jesuita. Fundó una nueva Orden junto a sus compañeros, él como guía espiritual, con dos objetivos principales de gran influencia social; por una parte, evangelizar y acudir a las misiones allí donde el pontífice les ordenaba, y por otra, servir a las personas enriqueciéndolas en su espiritualidad que debía ser un camino íntimo y personal (para ello diseñó los Ejercicios Espirituales).⁵ Influido por algunos de sus compañeros como Nadal, Ledesma, Polanco o Laínez, fue consciente de la importancia de captar jóvenes para ser futuros jesuitas a través de los colegios. Con todo, al principio dichos colegios eran simples residencias, a modo de “colegios mayores”,⁶ que daban sustento a los que serían futuros jesuitas en sus estudios de filosofía y teología, que cursaban en las Universidades. Pero de ninguna manera se daban lecciones en los primeros colegios jesuitas, y esta fue la mentalidad con la que se fundó la Compañía. En la primera fórmula aprobada por Paulo III en 1540 no se hablaba de educación, excepto para enseñar catequesis a los niños y pobres. No estaba, por tanto, en la mente de Ignacio que su Orden se dedicara a la educación.⁷ “No estudios ni lecciones en la Compañía”, señala-

³ El alumbradismo fue un movimiento espiritual que se dio en algunas ciudades castellanas del siglo XVI. Se basaba en el abandono total a la inspiración divina y fue perseguido por la Inquisición por considerarse herético y vinculado al protestantismo.

⁴ Cita Josep Mª Margenat Peralta, *Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos. La educación de los jesuitas*, PPC Editorial, Madrid, 2010, p. 16.

⁵ John W. O’Malley, “How the first jesuits became involved in Education”, en George W. Traub (ed.), *A Jesuit education reader*, Loyola Press, Chicago, 2008, p. 47.

⁶ Así los define Juan Pastor Gómez, *Los colegios de la Compañía de Jesús en vida de San Ignacio de Loyola (1546-1556)*, Prefectura Nacional de Colegio S.I., Madrid, 1967, p. 7.

⁷ Miguel Bertrán-Quera, *La pedagogía de los jesuitas en la Ratio Studiorum. La fundación de colegios. Orígenes, autores y evolución histórica de la Ratio. Análisis de la educación religiosa, caracterológica e intelectual*, Editorial Arte, San Cristóbal-Caracas, 1984, p. 7.

ban las Constituciones de 1541. El que los primeros jesuitas, con la excelente formación parisina que tenían, no dieran el salto directo a impartir enseñanza en los primeros colegios jesuitas, pasando primero por crear colegios que eran residencias cercanas a Universidades, da cuenta de lo paulatino que fue que la Compañía adquiriera un carisma educativo en su organización. No es, por tanto, un elemento que estuviera presente desde la fundación de la Compañía.⁸

El cambio a ser una Orden eminentemente educativa es obra de los compañeros de Ignacio, aunque más tarde el fundador comprendió la importancia, consciente de la necesidad de ofrecer una casa cercana a una Universidad que permitiera la formación de sus propios novicios. En este sentido, señala O’Malley que Ignacio “no veía a los colegios incompatibles con su visión original ni con la Compañía”.⁹ Especialmente Diego Laínez, Jerónimo Nadal y Diego de Ledesma impulsaron la creación de los primeros colegios donde comenzaron a plantearse el formar a futuros jesuitas, y es a ellos a los que la Compañía debe la sistematización de sus documentos en relación a los colegios jesuitas, y todo el trabajo previo a la *Ratio Studiorum*, que fue su base, con reglas, órdenes, y hasta constituciones. Sin ninguna duda, la marca educativa de la Orden no fue diseñada por su fundador.

Al poco tiempo, se sumó la presión de ricos benefactores que exigieron a la Compañía abrir colegios también para alumnos externos a la Orden. Conviene recordar las reticencias de Ignacio en 1551 cuando escribía en su epistolario a su secretario que “no conviene que la Compañía tenga cargo de estudiantes de fuera de ella”.¹⁰ Por eso es tan importante el gobierno de Laínez (1558-1565), el segundo general de la Orden, que fue cuando realmente se impulsó la puesta en marcha de la *Ratio Studiorum* como normativa educativa y se multiplicaron los colegios. Ciertamente, para distintos investigadores, la fecha de 1548 marca el inicio del gran cambio de rumbo para la Compañía, pues se iniciaba en su nuevo ministerio, con la fundación del colegio de Mesina, que fue el primer prototipo de colegio jesuita donde estudiaban jesuitas y laicos, es decir, fue un “laboratorio de experimentación docente de jesuitas y estudiantes externos”, donde se aplicó por primera vez la pedagogía jesuítica siguiendo los parámetros de la metodología parisina, convirtiendo así, a la enseñanza, en su principal ministerio.¹¹

De manera que los primeros años de andadura de la Compañía se pueden categorizar por etapas: en la primera, los colegios eran tipo residencias. Acudían a las Universidades a recibir clase y volvían al colegio para estudiar, obtener ayuda para los ejercicios, etc. En una segunda etapa, los colegios jesuitas eran solo seminarios de novicios para ellos, donde los jesuitas recibían clase allí donde no había Universidades. En una tercera etapa los colegios se hicieron mixtos, para jesuitas y seglares externos, tal y como aparece en las constituciones de 1556. Pero el número de externos a la Compañía era reducido. En la cuarta etapa, se separaron, había colegios de seglares por un lado y de jesuitas por el otro, pero con proyecto y un planteamiento didáctico bastante parecido.¹²

⁸ Merece la pena al respecto leer a John W. O’Malley, “How the first Jesuits became involved in Education”, pp. 43-62.

⁹ Cita Josep Mª Margenat Peralta, *Competentes, conscientes, compasivos y comprometidos*, p. 19.

¹⁰ *Cartas de San Ignacio de Loyola. Fundador de la Compañía de Jesús*, Tomo II, Imprenta E. Aguado, Madrid, 1875, p. 310.

¹¹ John O’ Malley, *I primi Gesuiti*, Vita e pensiero, Milán, 1999, p. 404.

¹² Algunas etapas se solapan tal y como explica Miguel Bertrán-Quera, *La pedagogía de los jesuitas en la Ratio Studiorum*, p. 5.



2. UN SISTEMA EDUCATIVO ¿INVARIABLE O CAMBIANTE?: UNA MIRADA A LA *RATIO STUDIORUM*

La pregunta es clave para tratar de entender la eficacia de la pedagogía jesuítica: ¿ha ido cambiando la educación jesuita o se ha mantenido inmutable durante la Edad Moderna? Son dos conclusiones a las que llegar dependiendo del elemento al que atender. Si analizamos su reglamento metodológico, la *Ratio Studiorum*, editado por primera vez en tiempos del general Claudio Aquaviva (1599), que se ha utilizado en todos los colegios, no observaremos cambios sustanciales hasta el siglo XX y, por lo tanto, su sistema educativo no ha variado. Siempre se ha seguido el mismo manual, con el mismo planteamiento metodológico, que sirve tanto para maestros como también para determinar el comportamiento de los alumnos, de sus horas de estudio, incluso, de su tiempo libre. Es teórico, pero en realidad es aplicable al día a día en un colegio jesuita, y, por ello, es un reglamento práctico. En definitiva, organiza los colegios en todas sus facetas.¹³ La *Ratio Studiorum* puede hacernos pensar que la educación jesuita es un sistema cerrado y poco evolucionado, un intento del general Aquaviva por igualar la educación jesuita en todos los lugares donde llegó la Compañía. No solo en su manual, el general Aquaviva (1581-1615) quiso que la propia apariencia de las iglesias y colegios jesuitas, las fachadas exteriores, guardasen el mismo aspecto, y todavía hoy se siguen identificando a los espacios de la Compañía por su forma arquitectónica.¹⁴

No obstante, hay que tener presente que se trata de un manual al que aspirar y que debe servir para todos los colegios de la Compañía, de cualquier reino o monarquía, lo que significa que goza de generalidades, que permite que sea interpretado de diversas maneras.

¹³ Carmen Labrador, *El sistema educativo de la Compañía de Jesús. Continuidad e Innovación. Ante el cuarto centenario de la "Ratio Studiorum"*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1987, p. 47.

¹⁴ M^a Isabel Álvaro Zamora, Javier Ibáñez Fernández, Jesús Criado Mainar (coords.), *La arquitectura jesuítica. Actas del simposio internacional*, Institución Fernando El Católico, Zaragoza, 2010.

A poco que uno se acerque a la *Ratio Studiorum* se dará cuenta de la flexibilidad de sus términos, y de la falta de concreción o detalle en algunos de sus temas tratados, lo que permite un buen margen de maniobra tanto para maestros, como para estudiantes y administradores de los colegios.¹⁵ Y si su propio manual, que no es ni invariable ni cambiante, sino adaptable a los distintos contextos temporales y espaciales, es ya un logro, su actividad en el aula, como analizaré más adelante, fue otro acierto frente a otros sistemas educativos anclados en el pasado medioevo.¹⁶

Han sido los propios jesuitas los que han hecho una autocrítica y un balance de su educación cada vez que han sufrido alguna desazón. En 1933, durante la II República española, apareció un libro en el que ellos mismos reflexionaban sobre lo bueno y lo malo de la educación jesuita. Escrito en forma de cartas entre compañeros jesuitas, el P. Ruiz Amado, buscaba en este libro el sentido y los motivos de la “persecución” que sufrían los colegios jesuitas durante la República y señalaba que:

La educación jesuítica acaba de sufrir en España un desastre. Pero ¿es siempre equivalente un desastre a un fracaso [...]? La educación jesuítica española acaba de ser proscrita; pero ¿quiere decir esto que sus métodos, que sus procedimientos, han fracasado? ¿Qué, si no por intrínsecamente equivocados, hayan de arrumbarse por anticuados y propios de una mentalidad y de una vida social que han pasado a la Historia? [...] ¿Cree alguien en España o fuera de España, que nuestros actuales gobernantes han suprimido los colegios jesuíticos por eficaces o por ineficaces? Seguramente si los hubieran juzgado ineficaces; si, conocedores de las instituciones educativas de los Jesuitas, se hubieran persuadido de que estábamos cantando una vieja canción; de que enseñábamos sólo lenguas muertas e ideas arcaicas; que nuestros alumnos se criaban entecos, inhábiles para terceriar en las luchas de la vida moderna; no hubiera sido su primera solicitud cerrar nuestros colegios, mientras nos dejaban libre el campo para ejercitarse otros ministerios [...] los mismos que detestan el jesuitismo con toda su mentalidad, su moral y su espíritu, toleran que los jesuitas sigamos escribiendo y publicando nuestros libros; y ni siquiera se nos prohíbe, si nos pluguiera, colaborar con los periódicos políticos.¹⁷

Efectivamente, la persecución a la educación jesuita a lo largo de su Historia no ha sido por su ineficacia, sino por su gran influencia social. Y la sensación de estar en la cúspide modernista, por su metodología, por sus aulas, por su forma de estructurar los horarios, por las materias impartidas, por su nivel científico, por su dialéctica con los alumnos, por su retórica, su teatro, conforme han avanzado los años, les sigue acompañando. Es indudable que su estructura educativa siempre ha gozado de buena salud y han sabido –de manera interesada y acertada– adaptar sus condiciones a las personas a las que educaban. Asimismo, han sido protagonistas del empuje de los estados hacia su modernidad a través de la educación, convertida en su mejor herramienta. El cambio a la Edad Moderna, no solo fue la apertura a otros continentes que revolucionó las mentalidades y la economía, sino que la educación contribuyó al cambio, e Ignacio, Lutero o Calvin quisieron contar en las confesiones que defendían con sistemas educativos que propagaran la nueva mentalidad. En concreto, los jesuitas, supieron tomar distancia con la escolástica medieval, y su expansión geográfica por medio de sus misiones contribuyó a un mayor contacto con otros

¹⁵ Luce Giard (dir.), *Les jésuites à la Renaissance. Système éducatif et production du savoir*, Presses Universitaires de France, París, 1995; Mario Zanardi, “La Ratio atque institutio studiorum Societatis Iesu: tappe e vicende della sua progressiva formazione (1541-1616)”, *Annali di storia dell’educazione e delle istituzioni scolastiche*, 5 (1998), pp. 135-164; Manfred Hinz, Roberto Righi y Danilo Zardin (eds.), *I gesuiti e la Ratio studiorum*, Bulzoni, Roma, 2004.

¹⁶ Cristiano Casalini y Claude Pavur, *Jesuit Pedagogy (1540-1616). A Reader*, Boston College, Boston, 2016, p. 17.

¹⁷ *El fracaso de la educación jesuítica. Cartas a un pedagogo moderno por el R.P. R. Ruiz Amado S.J.*, Tipografía La Educación, Barcelona, 1933, pp. 7-8.

saberes.¹⁸ No faltaban en sus colegios, junto a su educación religiosa, y sin contradecirla, los observatorios astronómicos, gabinetes científicos, bibliotecas, imprentas, etc. Y en este aspecto tuvieron cuantiosos elogios por parte de sus enemigos religiosos. Protestantes y calvinistas ensalzaban la educación jesuita, especialmente la del Colegio Romano, y es que tenían muchos puntos en común, convergiendo todos en París, donde aprendieron la metodología educativa parisina que adaptaron a sus colegios.

Éxito que también se materializó en la gran cantidad de benefactores pudientes que subvencionaron las fundaciones de nuevos colegios jesuitas, pero también ayudaban a su construcción porque querían que los jesuitas se convirtieran en preceptores de sus hijos. En esta misma línea, numerosos pontífices les encomendaban la difícil tarea de misionar en lugares recónditos y poco afectos a la llegada de católicos, porque más que grandes misioneros eran buenos educadores.¹⁹ Baste pensar en las reducciones jesuitas que crearon toda una labor pedagógica sobre el concepto de ciudad y un sistema de subsistencia con los indios guaraníes, lo que se traduce en un paso más avanzado que el simple hecho de evangelizar en alejadas fronteras.²⁰ O la aculturación que en el siglo XVI y principios del XVII diseñaron en Japón y China, adaptándose a la cultura receptora para ser aceptados y poder así enseñar el cristianismo.²¹

Lo interesante es que la *Ratio Studiorum* nos aporta datos de la metodología en la enseñanza de los maestros, pero también del método de aprendizaje del alumnado. Porque todo fue hilado desde el siglo XVI y los jesuitas en la *Ratio Studiorum* complementan al conocimiento y a los temas de estudio, el comportamiento y la virtud del alumnado.²² Teoría y conceptos inevitablemente iban de la mano de la metodología y la práctica. Al escuchar al maestro le seguía un método que acababa en la discusión entre alumnos sobre las palabras del maestro. En definitiva, toda una serie de fórmulas que emanaban un aire de modernidad en comparación con la metodología educativa de otras órdenes religiosas –si pensamos en la Monarquía hispana en dominicos o agustinos– lo que se tradujo ya, desde el siglo XVI, en un crítica voraz principalmente por parte de otras órdenes, y en una sospecha por parte de la Inquisición española a los métodos de enseñanza de la Compañía, pero también en halagos, en su mayoría externos, al sistema educativo jesuita por parte, como hemos señalado, de los protestantes o calvinistas, aun siendo enemigos religiosos.

3. A IMAGEN Y SEMEJANZA DEL *MODUS PARISIENSIS*: ELEMENTOS QUE TRIUNFARON EN LA EDUCACIÓN JESUITA

En la documentación jesuita de los primeros años existen referencias continuas al modo que hay que utilizar para enseñar. Frases de Laínez, Nadal y Ledesma cuando orga-

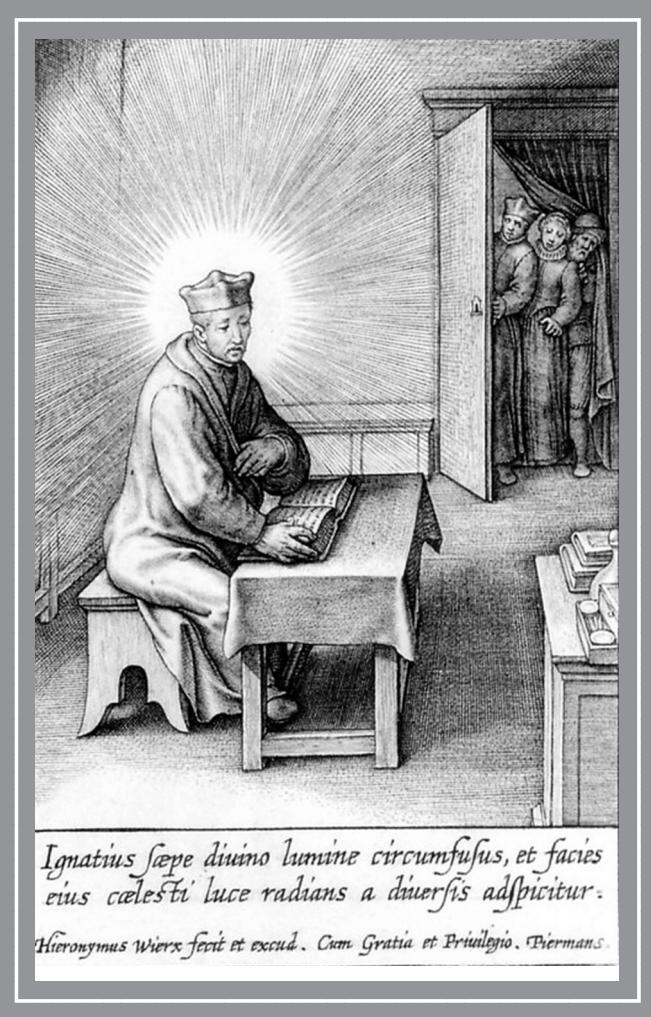
¹⁸ Wenceslao Soto Artuñedo, “La Ratio studiorum: la pedagogía de la Compañía de Jesús”, *Proyección*, 46 (1999), pp. 259-276; Gian-Mario Anselmi, “Per un’archeologia della Ratio”, en Gian Paolo Brizzi (ed.), *La “Ratio Studiorum”: Modelli culturali e pratiche educative dei Gesuiti in Italia tra Cinque e Seicento*, Bulzoni, Roma, 1981, pp. 11-42.

¹⁹ Josep M^a Margenat Peralta, “El sistema educativo de los primeros jesuitas”, *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 192-78 (2016), p. 10.

²⁰ Arnulfo Santos Hernández, “Labor pedagógica de los jesuitas en las reducciones del Paraguay”, en Buenaventura Delgado Criado (ed.), *Historia de la Educación en España y América. La Educación en la España Moderna (siglos XVI-XVIII)*, SM, Madrid, 1993, p. 907; José Luis Betrán Moya, “Unus non sufficit orbis: la literatura misional jesuita del Nuevo Mundo”, *Historia Social*, 65 (2009), pp. 167-185.

²¹ Esther Jiménez Pablo, “La huella educativa y cultural de los jesuitas en Japón”, *Miscelánea Comillas: Revista de Ciencias Humanas y Sociales*, 76, nº 148 (2018), pp. 167-178.

²² Carmen Labrador, *El sistema educativo de la Compañía de Jesús*, p. 49.



nizaban un nuevo colegio tales como “se introdujo paulatinamente el modo de enseñar de la Universidad de París” en nuestros colegios, estamos “conformando todo al modo de París”, “se sigue el modo y orden usado en París”, “según la usanza de París”, “se observa el modo de París”.²³ Esta normalidad al señalar el método de aprendizaje usado en París no deja duda de que era un método conocido pues todos los jesuitas de primera y segunda generación estudiaron en París.²⁴ No obstante, no se debe olvidar que algunos de los primeros

²³ *Monumenta Paedagogica Societatis Iesu. Nova editio exintegro refecta, I (1540-1556), [Mon Paed. I]*, L. Lukács (ed.), MHSI, Roma, 1965, pp. 385-386; Juan Pastor Gómez, *Los colegios de la Compañía de Jesús en vida de San Ignacio de Loyola (1546-1556)*, Prefectura Nacional de Colegio S.I., Madrid, 1967, p. 23.

²⁴ Gabriel Codina Mir, “El Modus parisiensis”, *Gregorianum*, 85, nº 1 (2004), p. 45; José Alberto Mesa (ed.), *La pedagogía ignaciana. Textos clásicos y contemporáneos sobre la educación de la Compañía de Jesús desde san Ignacio de Loyola hasta nuestros días*, Mensajero-Sal Terrae y UPCo, Madrid-Bilbao, 2019, p. 129.

compañeros de Ignacio como Salmerón, Laínez, Bobadilla o Nadal conocieron el modo parisense en la Universidad de Alcalá de Henares, y que de allí decidieron trasladarse a la universidad “madre” de París.²⁵

De manera resumida y centrada en el modo de enseñanza, y permitiéndome generalizar en el tema, se podrían distinguir dos modelos educativos en el siglo XVI: París, como modelo de Universidad más centrada en el esfuerzo del alumno y en continuos ejercicios que aseguran la asimilación por parte del estudiante, y Bolonia, como modelo de Universidad claramente centrada en la lección de los profesores o maestros, con un aprendizaje de carácter unidireccional, del profesor al alumno.²⁶ En París la formación se fundamentaba en la filosofía y la teología, mientras que en Bolonia predominaba el carácter profesional de los estudios (el derecho, la medicina). En España e Italia se impuso el modelo boloñés, excepto –como ya se ha adelantado– por dos instituciones universitarias que adoptaron el parisino: en España la Universidad de Alcalá de Henares fundada por Cisneros en el modelo de la *Devotio Moderna*,²⁷ y por tanto, seguía la pedagogía parisina, y el Colegio Romano en los estados italianos que cubría los estudios universitarios, y fue el germen de la Universidad Gregoriana, donde los jesuitas llevaron el método parisino.²⁸ Al respecto, García-Villoslada en su biografía de san Ignacio señalaba la diferencia entre los colegios de las distintas Universidades en Europa, exagerando el interés del fundador en la pedagogía parisina, que no fue tal:

Al modo de París es la fórmula que se repite siempre que se trata de regular la enseñanza en los colegios jesuíticos. Es que Ignacio, examinando los métodos pedagógicos que se empleaban en las diversas naciones, se persuadió que los profesores se cuidaban muy poco o nada de sus discípulos, principalmente en los países germánicos: y los discípulos les correspondían del mismo modo. El empeño más constante de los maestros italianos era lucirse ante los oyentes con elegantes discursos, atendiendo más a la fama del profesor, que al provecho científico de los alumnos.²⁹

Los colegios que formaban la Universidad de París eran, en su mayoría, residencias para religiosos, teniendo las distintas órdenes su representación en los distintos colegios (había dominicos, carmelitas, agustinos, bernardos, menores, etc.). Luego había colegios para seculares menos pudientes, a modo de hospicio, y también colegios que admitían a seglares que disponían de medios. Ignacio se hospedaba en el colegio de Saint Jacques, regentado por dominicos, pero estudiaba en el colegio de Montaigu. Sabemos que sus estudios se los costeaba gracias a los donativos de mercaderes flamencos que tenían relación con él durante los veranos cuando acudía a Flandes.³⁰ En ningún momento es casual que Ignacio acudiera a París a estudiar, no fue tanto porque le atrajera su método educativo, sino por la conexión espiritual que sabía encontraría en París, acorde con la que él defendía. Es decir, Ignacio llegó a París, habiendo huido de Castilla, donde los inquisidores dominicos sospechaban seriamente sobre su espiritualidad y cercanía a los alumbrados. Y en París es acogido por alumbrados huidos como Diego de Eguía, que le recomendaron estu-

²⁵ Luiz Fernando Klein, “O modo de proceder pedagógico jesuítico: de Paris, Alcalá e Messina aos nossos días”, en J. M. Martins Lopes (ed.), *A pedagogia da Companhia de Jesus. Contributos para um Diálogo*, Axioma, Braga, 2018, pp. 117-162; W. Ignacio Lange Cruz, *Carisma ignaciano y mística de la educación*, UPCo, Madrid, 2005, p. 80.

²⁶ Cristiano Casalini y Claude Pavur, *Jesuit Pedagogy (1540-1616)*, p. 3.

²⁷ La Devotio Modena es una corriente espiritual –una devoción nueva– que buscaba tener una relación más directa con la divinidad e ir más allá de las normas litúrgicas y la oficialidad.

²⁸ W. Ignacio Lange Cruz, *Carisma ignaciano y mística de la educación*, p. 80.

²⁹ Ricardo García-Villoslada, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, BAC, Madrid, 1986, pp. 890-891.

³⁰ Una explicación más extensa de la estancia de Ignacio en París en Gabriel Codina Mir, “El Modus parisiensis”, *Gregorianum*, 85, nº 1 (2004), pp. 43-64.

diar en el colegio de Humanidades de Montaigu, donde se seguía una espiritualidad renovada, acorde con la corriente de la *Devotio Moderna* llegada de los Países Bajos. Españoles y portugueses que estaban siendo perseguidos inquisitorialmente por vivir una espiritualidad más íntima y personal que la oficial de sus reinos, y que se sentían atraídos por las corrientes espirituales que se estaban enseñando pedagógicamente en París, coincidieron en los colegios de Montaigu y de Santa Bárbara (este último acogía sobre todo a estudiantes portugueses, aunque Ignacio estudió allí filosofía, de ahí que algunos de sus compañeros fueran portugueses, que practicaban una espiritualidad muy parecida a la de él).³¹ Es necesario recalcar esta idea, y es que los primeros jesuitas eligieron el modo parisense para aplicar en los colegios jesuitas, no sólo porque es el que conocieron, sino porque es el que conectaba con su espiritualidad.

De manera que el modo parisense no solo está en la base de fundadores de órdenes religiosas renovadas como la Compañía de Jesús, sino en la de reformadores como Lutero o Calvino, y de humanistas ganados para la Reforma como Hohan Sturm o André de Gouveia, o el propio Erasmo de Rotterdam. Los programas educativos de los colegios protestantes de Ginebra, Burdeos, Nimes, Lausana o Estrasburgo, abiertos antes que Mesina, presentan un gran parecido con el colegio de la Compañía, y es por el humus parisense del que se alimentaron y aprendieron.³² A su vez, si buscamos el origen del modus parisense sería necesario tratar la *Devotio Moderna*, corriente espiritual que se originó con Gerardo Groote (1340-1384) en los Países Bajos, que transformó las costumbres del pueblo y se extendió por París gracias a la fraternidad de los Hermanos de la Vida Común que crearon distintos colegios por el centro de Europa. Concretamente, en el colegio de Montaigu de París, donde estudió Ignacio y algunos de sus compañeros, se impuso la espiritualidad y también la pedagogía de los Hermanos de la Vida Común.

3.1. Elementos metodológicos del modo parisense que la Compañía aplicó en sus colegios

1. En primer lugar, la necesidad de una detallada reglamentación para los distintos oficios que implican la docencia, cómo debe comportarse y enseñar un maestro, las responsabilidades del prefecto de estudios, o qué horarios debían tener los estudiantes, hasta el punto de explicar lo que debía hacer un estudiante en su tiempo libre. En definitiva, una serie de normas que se plasmaron en la *Ratio Studiorum* de la Compañía de Jesús. Baste de ejemplo las Constituciones de los colegios del P. Polanco, en las que señalaba que dentro de los colegios no haya “libros de amores y vanidades, ni armas, ni cosas de juego, como tableros, naipes, dados, etc. De pelotas o bolas no parece habría inconveniente, con que nunca se usasen, sino con el consentimiento del Rector”.³³ En cuanto a la vida fuera de los colegios, también se especificaba el comportamiento a seguir: “Ninguno salga de casa sin licencia, sino a las horas de la lección y con compañía, ni se diviertan para ir a otra parte sin expresa licencia; y cuando se podrá, vayan de dos en dos en modo honesto y edificativo, y así estén en las escuelas. Mancebos nunca se dejen ir solos por la calle”³⁴

2. Los jesuitas reflejaron los espacios y la propia metodología de enseñanza parisina adaptada al aula. Así, la disposición del aula, de sus bancadas y mesas, fue algo muy estudiado y estructurado por la Compañía. Sus clases podían alcanzar los doscientos alumnos,

³¹ W. Ignacio Lange Cruz, *Carisma ignaciano y mística de la educación*, p. 75.

³² José Alberto Mesa (ed.), *La pedagogía ignaciana*, p. 130.

³³ Polanco, Constituciones que se guardan en los colegios de la Compañía. En *Mon Paed.* I, p. 61.

³⁴ *Mon Paed.* I, p. 80.

divididos en grupos de diez alumnos (decuriae). Las decurias provienen concretamente del modelo del colegio de Montaigu de París y es el método que se aplicó en los colegios jesuitas, independientemente de si eran para propios (jesuitas) o externos. Para el buen desarrollo de los ejercicios en el aula, los maestros jesuitas contaban con el apoyo y guía de los mejores estudiantes llamados “decuriones”, cuya función era ayudar al maestro a dirigir la clase, recoger los ejercicios y controlar la fila (decuria) de compañeros asignada. Pero no sólo dentro del aula tenía una importante función, también fuera, tal y como señalaba Nadal: “Sean en cada escuela decuriones, los cuales tengan especial cura de nueve o diez escolares. El oficio de ellos será tener superintendencia sobre los suyos en las escuelas y especialmente fuera de ellas y advertir al maestro, si alguna cosa hicieren de corregir. Y estos se muden, cuando parecerá convenir, por ser odiosos a los escolares o por otras causas”.³⁵

Con frecuencia, los decuriones continuaban los estudios y pasaban luego a ser maestros. Mientras el maestro se sentaba en una silla elevada, a la vista de todos, los decuriones se sentaban en pequeñas sillas en el frente, reservados para los mejores estudiantes, y el resto de estudiantes en los bancos.³⁶ Es necesario recalcar que la división en decurias no es original de París, sino de los Hermanos de la Vida Común que lo instauraron en el colegio de Montaigu.

3. En tercer lugar, los jesuitas toman la emulación o rivalidad que estaba a la orden del día en París. Los profesores pedían a los estudiantes corregir los ejercicios de otros estudiantes, y eran premiados o penalizados “los correctores” acorde a su pericia para encontrar errores. Incluso, tenían unas figuras, “los censores”, que eran estudiantes que hacían un seguimiento de los puntos positivos y negativos de otros estudiantes en grandes hojas de papel. Al final los censores eran premiados o penalizados.³⁷ En esta dinámica, era bastante frecuente que los estudiantes realizaran competiciones, certámenes académicos, debates y disputas dialécticas entre alumnos para defender o criticar a un autor o una proposición, pero siempre con limitaciones. Tras el Concilio de Trento, las reglas de los colegios se endurecen en el tema de tratar de cuestiones teológicas públicamente, tratando de adaptarse a los decretos, es el caso del Colegio Romano donde se señalaba que: “Ninguno dará nada escrito a extranjeros, ni lo rebatirá en las clases, si no es antes visto por el Superior, o por quien a él le parezca; y así se le han de mostrar las conclusiones con tiempo, antes de que se hagan en público”.³⁸

Después, otras actividades como el teatro jesuítico venían a reforzar el sentido de comunidad.³⁹ La continua práctica de los ejercicios, permitía el uso de la inteligencia y la creatividad, más allá del recurso memorístico que imperaba en la educación de época Moderna. Este aspecto de la pedagogía jesuítica, junto con el recurso emocional que ejercitaban en el teatro, convierten a la educación jesuita en un método activo e interactivo entre maestros y estudiantes.⁴⁰

³⁵ *Mon Paed.* I, p. 199.

³⁶ Cristiano Casalini y Claude Pavur, *Jesuit Pedagogy (1540-1616)*, p. 25.

³⁷ Sobre el modelo de decuriones en Gabriel Codina, “The Modus Parisiensis”, en Vincent J. Duminuco (ed.), *The Jesuit Ratio Studiorum. 400th Anniversary Perspectives*, Fordham University Press, Nueva York, 2000, p. 36.

³⁸ “Nessuno darà alcuna cosa scritta a forastieri, nè farà attaccar per le classi, che non sia primo vista dal Superiore, o da chi a lui parerà; et così li farà mostrare le concluioni per tempo, avanti che si attachino in publico”. “Monita pro scholarum magistris” en *Mon Paed.* I, p. 646. (Las traducciones son de la autora).

³⁹ Federico Taviani, “Il teatro per i gesuiti: una questione di método”, en Federico Iappelli y Ulderico Parente (eds.), *Alle origini dell’ Università dell’ Aquila. Cultura, università, collegi gesuitici all’ inizio dell’ età moderna in Italia meridionale. Atti del convegno internazionale di studi promosso dalla Compagnia di Gesù e dall’ Università dell’ Aquila nel IV centenario dell’ istituzione dell’ Aquilano Colegium (1596)*, IHSI, Roma, 2000, pp. 225-250; Giovanna Zanolghi, “Il teatro nella pedagogia gesuitica: una ‘scuola di virtù’”, en Manfred Hinz, Roberto Righi, Danilo Zardin (eds.), *I Gesuiti e la Ratio Studiorum*, Bulzoni, Roma, 2004, pp. 159-190.

⁴⁰ José Alberto Mesa (ed.), *La pedagogia ignaciana*, p. 142.

4. En cuanto a la didáctica y organización de las clases, García-Villoslada explica la metodología utilizada en París que supieron imitar los jesuitas, basada en la jerarquización según los niveles cognitivos:

En Monteagudo [...] estaban las clases perfectamente graduadas, según la edad y el adelanto o retraso de los alumnos; ninguno podía pasar a una clase superior, sin haber sido probado y aprobado en la precedente. Y cada grupo o clase tenía diferente profesor. Evitada así la confusa mezcla de alumnos adelantados y atrasados, jovencitos y proyectos, podía el maestro acomodar la enseñanza al grado o nivel de sus discípulos. Las repeticiones diarias y otras más solemnes, con disputas públicas, daban firmeza y agilidad al pensamiento, se aclaraban las ideas y se fijaban en la memoria. En el curso de humanidades había frecuentes ejercicios de escribir, analizando las ideas, la contextura y el estilo de los autores clásicos.⁴¹

5. Definía el modo parisense los horarios de clase, de mañana y tarde, que los jesuitas imitaron teniendo tres horas por la mañana y tres por la tarde, sin descansos, con lecciones extraordinarias por la mañana. Los jesuitas mantuvieron el inicio de las clases el 18 de octubre, por san Lucas, frente al 1 octubre San Remigio de la tradición boloñesa. Por Navidad, Pascua y Pentecostés había días de descanso. Y al igual que París, entre semana, tenían un día de descanso, que en el caso de los jesuitas fue los jueves enteros en cursos superiores y en cursos inferiores sólo la tarde del jueves.⁴² Los sábados se reservaban para el repaso de lecciones de toda la semana. Para entender un día cualquiera de un jesuita en un colegio, tomamos como referencia el Colegio de Coimbra:

Primero a las cuatro y media de la mañana se levantan. Meditan hasta las cinco y media. Acaban la misa poco más de las seis. Tienen lección y se van luego a las siete, y están hasta las diez y media. Hasta las once hacen el examen por un cuarto de hora. Comen siempre a las once. Después de comer, por evitar palabras ociosas, tienen silencio por media hora. Después de comer, a la una, tienen repeticiones. Desde las dos se van a sus lecciones. Vienen a las cinco, y hacen su examen general por media hora antes de la cena. A las seis cenan. Acabada la cena, tiene media hora de silencio. A las ocho tienen repeticiones. De nueve a diez horas meditan un poco más.⁴³

Después existían particularidades de cada provincia jesuita, adecuándose a las costumbres del lugar, es el caso del Colegio Romano que especificaba incluso el uso de la berretta o gorro “no levantarà la birreta, cuando lea, a quien entre o salga, si no fuese el Superior o prelados o personas de la misma categoría, ni tampoco a los escolares de mayor edad y nobleza, según la costumbre de Italia”.⁴⁴

6. Los colegios de París se decantaron por los estudios de Humanidades utilizando a los clásicos para interpretar el cristianismo, lo que supieron adaptar los calvinistas y jesuitas a sus estudios.⁴⁵ Colegios de letras humanas se llamaron a los colegios jesuitas de propios y externos. Y este modelo priorizaba la gramática, retórica y las lenguas antiguas a través de los textos de autores, sobre todo latinos, como Cicerón, Virgilio, Horacio, Ovidio, que desplazaron a la escolástica medieval. Muchos de los colegios jesuitas eran trilingües, estu-

⁴¹ Ricardo García-Villoslada, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, p. 307.

⁴² Más detalles sobre el día a día en el aula jesuítica y cómo mucho de su funcionamiento es un reflejo de la educación de los colegios y universidades parisinas, donde estudiaron los primeros jesuitas en Codina, “The Modus Parisiensis”, p. 49.

⁴³ *Mon Paed.* I, p. 642.

⁴⁴ “Non leverà la beretta, quando legerà, a chi entra o esce, se non foss’al Superiore o prelati o persone di simili qualità, et anche a suoi scolari di età et nobili, second’il costume d’Italia”. “Monita pro Scholarum magistris” en *Mon Paed.* I, p. 645.

⁴⁵ Cristiano Casalini y Claude Pavur, *Jesuit Pedagogy (1540-1616)*, p. 10.

diando griego, latín y hebreo. Y la lógica y la dialéctica medieval fue sustituida por la retórica. Como en París, se utilizaba frecuentemente el recurso a las fuentes primarias.

7. Siguiendo la tradición parisina para organizar los colegios, cada colegio era dirigido por un Rector. El Prefecto de Estudios se encargaba de la educación de los profesores, y del buen funcionamiento de los estudios.⁴⁶ Existía el prefecto de espiritualidad que supervisaba la espiritualidad de los estudiantes, el prefecto de recreación y patio que vigilaba las actividades extracurriculares, mientras que el prefecto de dormitorios tutorizaba a los estudiantes en grupos en sus dormitorios. Por su parte, los coadjutores temporales hacían funcionar el día a día del espacio del colegio; porteros, jardineros, cocineros, sastres, lavanderos, pintores, carpinteros, enfermeros. La Compañía tenía un camino muy diferenciado para los jesuitas dependiendo si eran aptos para el estudio o no:

Porque no todos los que quieren servir a Dios en esta Compañía tienen talento para los estudios, y Dios nuestro Señor divide sus dones, véase que no atiendan al estudio los que no son aptos para él por faltarles ingenio o memoria, o también por no tener salud corporal, que sufra el trabajo de los estudios, antes los tales tomen [queriendo quedar en la Compañía y ella tenerlos] el oficio de Marta, y ayuden a los otros por participar en las buenas obras y premios de ellos.⁴⁷

En definitiva, una serie de recursos, planteamientos y normativas que se fueron elaborando a lo largo del siglo XVI, y que acabó por caracterizar el carisma de la Compañía “eminente mente educativo”.

CONCLUSIONES

A lo largo de estas páginas se ha procurado buscar el origen del carisma educativo que siempre se le ha otorgado a la Compañía de Jesús desde su fundación en 1540. Como se ha podido comprobar, no es verdad que Ignacio tuviera en mente una misión educativa en el seno de su Orden, ni que fuera a París porque quería tomar elementos de la educación parisina para su proyecto religioso, sino que fueron los primeros jesuitas, compañeros del fundador, los que vieron con buenos ojos el ir formando a sus propios novicios e ir creando una red de colegios que no solo acogiera a modo de residencia a sus estudiantes, sino que se impartiera docencia en los mismos. Y que luego aumentara a estudiantes externos a la Compañía. Compañeros del fundador cuyos escritos reglamentando esa educación están en la base de la *Ratio Studiorum* de los jesuitas.

París fue un foco de atracción para los primeros jesuitas por las corrientes espirituales que allí estaban floreciendo. De ello da buena cuenta el hecho de que numerosos humanistas y reformadores religiosos acudiera a la Universidad de París para conocer y desarrollar los nuevos movimientos espirituales, en cuya raíz se encuentra la *Devotio Moderna* de los Países Bajos. Se trataba de espiritualidades que rozaban en ocasiones la heterodoxia para las autoridades –inquisitoriales o no– de los lugares católicos de origen, y que por eso, y porque todos los líderes de reformas y órdenes religiosas renovadas convergieron en París, se puede intuir alguna conexión espiritual, pero también educativa.

No cabe duda que la Compañía de Jesús es una de las órdenes que se dedicó a implantar en el Mediterráneo Católico el modelo educativo parisino fundamentado en un tipo de espiritualidad más intimista y de oración personal, con una relación con la divinidad

⁴⁶ Para ver la evolución de estas figuras en Manuel Revuelta González, *Los colegios de jesuitas y su tradición educativa (1868-1906)*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1998, pp. 62-63.

⁴⁷ Reglas del P. Polanco en *Mon Paed.* I, p. 63.

más directa. Los jesuitas lo extendieron de manera ortodoxa, obedeciendo a Roma, mientras que un modelo parecido, aprendido igualmente en París, también está en la base de los calvinistas que lo extendieron por el centro y norte de Europa, cuya radicalidad, entre otras cosas, les obligó a romper con Roma. Existieron, por tanto, elementos comunes entre ortodoxos y heterodoxos que les hacían cruzar constantemente las fronteras ideológicas, a pesar de que se enfrentaran en época Moderna, siendo en el plano de la metodología educativa todavía más evidente dicha conexión.

El *modus parisiense*, que emanaba aires de modernidad en la enseñanza comparado con el sistema educativo boloñés, impuesto en los territorios católicos, vino a distinguir a los jesuitas en su educación, pues la preparación de sus estudiantes con continuas disputas, reflexión entre alumnos, debates, ejercicios, oratoria, retórica, dramatización, permitía una formación integral de los estudiantes, especialmente en el ámbito social y de comportamiento virtuoso, que muchos nobles reclamaban para sus hijos, convirtiéndose en benefactores de nuevos colegios jesuitas.

Jesuitas y educación: origen y claves de su éxito (siglo XVI)

Jesuits and education: origin and keys to success (16th century)

ESTHER JIMÉNEZ PABLO

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Este artículo proporciona el marco político y religioso del siglo XVI, durante el cual los jesuitas eligieron el camino educativo para influir en la sociedad del momento. Asimismo, se analiza el papel que jugó Ignacio de Loyola en la construcción de la célebre “pedagogía jesuítica”, y los principales elementos que los primeros jesuitas tomaron del ambiente educativo parisino para adaptarlos a su proyecto educativo. Por último, se desgranan las claves del éxito educativo jesuita, que todavía hoy son visibles en las aulas escolares y universitarias.

Palabras clave: Educación jesuita, *Ratio Studiorum*, *modus parisiense*, Ignacio de Loyola, siglo XVI.

Abstract

This article presents the 16th century political and religious framework, during which the Jesuits chose the educational path to influence the society of the moment. The role played by Ignacio de Loyola in the construction of the “Jesuit pedagogy” will be analyzed, and how the first Jesuits took the key elements of the Parisian learning environment and adapted them to create their educational project. Finally, the keys to the educational success of the Jesuits will be examined, which are still visible in schools and universities today.

Keywords: Jesuit education, *Ratio Studiorum*, *Parisian modus*, Ignacio de Loyola, 16th century.

Esther Jiménez Pablo

Doctora en Historia Moderna por la Universidad Autónoma de Madrid. Es especialista en Historia de la Compañía de Jesús en España (siglos XVI-XVII). Actualmente desarrolla su actividad docente y científica como Ayudante Doctora en el área de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Facultad de Educación-CFP de la Universidad Complutense de Madrid. En los últimos años se ha especializado en el papel de la educación jesuita en época Moderna.

Cómo citar este artículo:

Esther Jiménez Pablo, “Jesuitas y educación: origen y claves de su éxito (siglo XVI)”, *Historia Social*, núm. 103, 2022, pp. 153-166.

Esther Jiménez Pablo, “Jesuitas y educación: origen y claves de su éxito (siglo XVI)”, *Historia Social*, 103 (2022), pp. 153-166,